

El debate cultural sobre Dios y el hombre

*Juan Miguel Ferrer y Grenesche**

La dignidad y grandeza del hombre nunca se expresa mejor que cuando se arrodilla ante Dios y se abraza al hermano. Dos gestos que pueden devolver la salud a una sociedad que vive un momento agónico, de tránsito. Pienso que el momento presente de la cultura global toca de lleno la cuestión de Dios y el hombre, la cuestión del culto y de la adoración. Me atrevo a afirmar que hoy las grandes cuestiones del debate cultural son Dios y el ser humano, su comprensión y su posible relación, aun cuando se revistan aparentemente de otros argumentos muy diversos.

Es la cultura «global» que los medios de comunicación e información actuales han generado y que toca con más fuerza a las jóvenes generaciones y a las capas más instruidas de las diversas sociedades. Es cierto que no faltan brotes reactivos de exaltación de la «culturdiversidad» (neologismo que quiere evocar el muy conocido concepto de biodiversidad), intentando rescatar del magma

* Doctor en Liturgia, profesor en Toledo, en el Pontificio Instituto Litúrgico. Pontificio Ateneo Sant'Anselmo in Urbe (Roma), y en la Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid). Ha sido subsecretario de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina del los Sacramentos hasta diciembre de 2014.

cultural presente algunos minerales con neto valor propio: a nadie se le ocultan las corrientes «nacionalistas», «indigenistas», «étnicas» o «fundamentalistas» que surgen por una u otra parte del mundo, algunas con fuerza. Pero ¿podrán, a medio plazo, subsistir a esta «apisonadora» cultural?

Perdonen que comience a reflexionar con este discurso cultural, al presentar un libro que recoge una serie de interesantes y oportunas reflexiones teológicas y pastorales sobre la *adoración a Dios*. Pero la cultura es la expresión externa de la originalidad del ser humano: libre y capaz de asumir valores, de ser considerado por la realización de la virtud o del vicio, capaz de constituir, partiendo de los valores compartidos socialmente, «instituciones» de todo tipo y creaciones artísticas o científicas, con las que expresa y persigue tales valores, virtudes o vicios. Estoy convencido de que el «hecho cultural» es inseparable de la identidad humana y un buen punto de observación para diagnosticar el estado medio de la salud espiritual del ser humano.

Durante siglos la cuestión de Dios, como la del hombre o la de la naturaleza, ha centrado la reflexión del ser humano. Ante estos grandes temas siempre se dieron, junto a los comunes acuerdos (más expresión de la común naturaleza humana que de un elaborado consenso), las posiciones minoritarias discordantes. Así, siempre hubo *ateos*, pero más como negadores de unas formas religiosas insatisfactorias que como negación de Dios en sí mismo.

En Occidente será la grandeza creativa de las artes y, junto a ellas, de la técnica y la maquinaria, las que provoquen, en la antigüedad (Grecia y Roma) y en el renacimiento, los primeros conatos de una *presunción*, expresada mediante el mito de Ícaro, que «olvidaba» o relegaba la reflexión sobre Dios de los grandes temas del saber y la cultura, reducidos al hombre y la naturaleza. Pero será a partir del *racionalismo ilustrado* cuando este «olvido» quiera tomar carta de monopolio cultural, negando la idea misma de Dios y con-

siderando toda expresión religiosa *vicio de superstición* que atenta contra la paz social y la dignidad del hombre. Esta es la cultura *de la revolución*, que no dejó de ser la propia de una minoría activista y elitista, pero que se expandirá por todo Occidente gracias al bonapartismo y al liberalismo político del siglo XIX. Sus expresiones más dolorosas fueron el régimen de «*el terror*», en Francia, y las «*guerras napoleónicas*», en toda Europa. Sus considerados éxitos fueron los primeros pasos de política democrática (el desarrollo del «constitucionalismo» e independencia de los pueblos de América) y la *revolución industrial*, con la apertura de tantos caminos al bienestar humano.

El triunfo de esta «cultura de la revolución», no obstante, genera la gran *cuestión social* y la feroz competencia entre los pueblos occidentales, que se traduce en las luchas nacionalistas y la carrera colonialista. El pensamiento, por lo general, se hunde más y más en las arenas movedizas del *racionalismo*, es decir, de una «razón-experimental» que no acepta ninguna otra vía de acceso a la realidad ni a la verdad, hasta justificarse asumiendo el humillante positivismo, o dejarse llevar, sea por la resignación relativista, sea por la cólera irracional de ciertos voluntarismos. Así se llegará al materialismo, al marxismo y a los diversos totalitarismos políticos. Así se llegará a la negación más radical del ser humano en las dictaduras modernas y en las guerras mundiales.

Tras los dos grandes conflictos mundiales empezará un tiempo de desolación, absurdo y náusea, que se traduce, en Occidente y en los países más tocados por estos *flagelos*, bajo la novedad singular de un *ateísmo de masas*. No es este un ateísmo «ilustrado», que pretende «demostrar que Dios no existe o no puede existir». Es un ateísmo que consiste en no prestar interés a la cuestión de Dios: se prescinde de Él. Nace el agnosticismo o ateísmo práctico de vivir como si Dios no existiese. Y se hace tan fuerte, alentado por las políticas culturales llamadas de «izquierda», que se impone

poco a poco como una «dictadura cultural» (denunciada por Benedicto XVI, cuando era cardenal). Dictadura cultural inhumana, como mostraría Victor Frankl, por sus consecuencias patológicas, fruto de la represión del *instinto religioso* del ser humano.

La llamada «posmodernidad», posiblemente, intenta ser una reacción de supervivencia a la modernidad, que busca dulcificar sus afirmaciones más hirientes, eludir aparentemente el riesgo de nuevos totalitarismos y salvaguardar sus afirmaciones más esenciales. Así sus expresiones políticas hablan de «rostro humano», sus teorías económicas se renuevan aparentemente dándose el título de «neo», y su «racionalismo» radical abre una puerta paralela al mundo, meramente subjetivo, claro, de la «espiritualidad», hasta reclamar hoy los llamados «nuevos ateos» una «ritualidad» y un «culto».

El cristianismo nace de la raíz judía en el contexto del paganismo grecorromano. Durante cinco siglos se desarrolla en medio de persecuciones y debates, luchas y conversiones. Con la caída del Imperio romano de Occidente y el surgimiento de las nuevas naciones en Europa, la Iglesia desempeña un papel excepcional para superar la pérdida del Imperio y de cara al concepto mismo de Europa y a la expansión mundial de su noción de cristiandad (primera manifestación cultural completa del cristianismo). Todo esto se hace posible porque, en medio de sucesivas disputas doctrinales, internas al cristianismo, se evita el riesgo de aceptar una doble verdad o de caer en un integrismo fideísta, que negase todo valor a la razón.

Tras la inmediata crisis de la posguerra, con sus resabios nihilistas, surge en los años sesenta una reacción vital y optimista, que creo que hemos de encuadrar en las raíces de la posmodernidad. Por una parte, conserva resabios revolucionarios y la recordamos por los sucesos franceses de «mayo de 1968»; por otra parte, tiene una cara pacifista que ha perdurado en el recuerdo del movimiento *hippy*, así como en las conquistas americanas y sudafricanas por

vencer la segregación racial. En este contexto concreto la Iglesia católica afronta el desafío del ateísmo de masas y, con la clara voluntad de encarar el reto de cumplir su misión en el mundo contemporáneo, con una precisa voluntad de conversión misionera y de apertura ecuménica, para brindar al mundo una oportunidad más fuerte de abrazar la fe en Jesucristo salvador, convoca el Concilio Vaticano II.

Pero el reto no era fácil, aunque la Iglesia se venía preparando para responder de modo creíble e inteligible al desafío moderno desde los pontificados de León XIII y, particularmente, de san Pío X. El momento en el que se desarrolla la aplicación del concilio resulta particularmente complejo, tanto para la cultura laica, como para la Iglesia, sus instituciones educativas y su pensamiento en las diversas ciencias sagradas.

Se plantea de nuevo el reto de superar un integrismo que para defender la verdad cree que hay que absolutizar todas las normas, costumbres y creencias, convencido como está, de que ceder en algo significa perderlo todo. Al mismo tiempo, necesitamos superar el progresismo de quienes vienen sosteniendo que para poder merecer atención en el mundo moderno o posmoderno hemos de aceptar su comprensión reductiva (tecnológica/empírica) de la razón y, por lo tanto, «desmitologizar» el cristianismo: cribarlo en el tamiz de la razón empírica y liberarlo de todo elemento sobrenatural (cuestión que ya san Pío X denunció bajo el epígrafe de «modernismo», y que ha adoptado ya tantas caras). Tras estos debates se esconden las grandes pugnas teológicas de la segunda mitad del siglo XX sobre «natural y sobrenatural», con las aportaciones de grandes teólogos como Henri de Lubac o Karl Rahner.

El Magisterio posconciliar ha sido compacto y clarísimo, navegando con maestría entre dos extremos nocivos: el integrismo y el progresismo. Pero la vida de la Iglesia no ha seguido con la esperada adhesión este Magisterio. Y esto pese a la aparición del nuevo Có-

digo de Derecho Canónico, del *Catecismo de la Iglesia católica* y de una «segunda generación de libros litúrgicos» posconciliares (cuyo inicio adviene con la publicación del *Ceremonial de los Obispos*).

Cuando hasta la cultura laicista busca superar el racionalismo clásico, muchos teólogos y pastoralistas se apuntan a él como el único lenguaje de comunión con el mundo contemporáneo. Y cuando los mismos ateos reconocen el valor del sentimiento religioso y pretenden crear una «religión sin Dios», muchos clérigos católicos continúan presentándose como «los hombres menos religiosos del mundo». Por eso algunos liturgistas no alcanzan a comprender por qué hay jóvenes católicos que, sin haber vivido las formas litúrgicas preconciliares, se sienten atraídos por ellas. Ante toda tentación de «fundamentalismo religioso» hemos de afirmar la razonabilidad de la fe revelada (discurso de Benedicto XVI en Ratisbona); ante toda amenaza de racionalismo hemos de liberar a la razón de los prejuicios positivistas y de toda tentación rupturista de la «doble verdad»; ante un ritualismo ateo o creyente, puro sentimentalismo o formalismo estético, hemos de proponer la verdadera ritualidad cristiana, llena de realismo sacramental y de verdadero encuentro religioso con Dios y el prójimo.

Y aquí es donde mis razonamientos pobres se encuentran con la enseñanza actual y fecunda de este libro dedicado a la cuestión de cómo «adorar a Dios en la liturgia». Muchas veces se presentó el culto católico como el modo más perfecto de cumplir con la virtud de la justicia con relación a Dios. Así, la liturgia era esencialmente un modo externo más perfecto de culto a Dios, encuadrado entre los campos de la virtud de la religión –como forma particular de la justicia– y el derecho –divino y eclesiástico– que regula esa forma externa. Todo esto era cierto, pero insuficiente para comprender la verdad del culto revelado, la verdad de la liturgia. Ya Pío XII en su Encíclica *Mediator Dei* (20.XI.1947) manifestó la insuficiencia de tal visión. La liturgia, como culto de los cristianos, no es solo

una forma más perfecta de culto a Dios: es el culto *en espíritu y verdad* que Dios merecía y que se ha dado mediante la encarnación de su Verbo. La *Mediator Dei*, en la línea de la *Mystici corporis*, (29.VI.1943), sin negar el papel de la Iglesia afirma la novedad que aporta Jesucristo, Verbo Encarnado, Esposo y Cabeza de la Iglesia, Sumo y Eterno Sacerdote.

Es a partir de este momento cuando el Magisterio puede dar acogida gradual a las iniciativas y propuestas teológicas y pastorales del *movimiento litúrgico* más sano –y al principio pastoral– ya adelantado por san Pío X en su motu proprio *Tra le sollecitudini*, de la *participación* de todos los fieles en la liturgia. Solo creyendo en la liturgia como «Obra de Dios» y como «Don» se puede entender y vivir, en todo su dinamismo místico y apostólico, la «participación litúrgica».

La reforma litúrgica de Pío XII fue el exordio, pero el Concilio, con la Constitución litúrgica *Sacrosanctum concilium* y su ulterior reforma litúrgica, fueron el paso más decidido hacia una renovada comprensión del culto cristiano, que encontrará más tarde su presentación doctrinal más acabada en el *Catecismo de la Iglesia católica* (parte segunda). También en el abundante pensamiento litúrgico de Joseph Ratzinger como teólogo y ya como Benedicto XVI, especialmente en la Exhortación *Sacramentum caritatis*.

Esta *comprensión teológica* de la liturgia está profundamente conectada con las verdades de fe expuestas en el Concilio en la *Dei Verbum*, la noción de Revelación, y con la enseñanza sobre Cristo que ofrece la importantísima declaración de la Congregación de la Fe titulada *Dominus Iesus* (6.VIII.2000). Del mismo modo, se sitúan en la línea eclesiológica de la *Lumen gentium*, confirmada en su interpretación auténtica también por el documento de Doctrina de la Fe antes citado *Dominus Iesus*.

El Dios Trinidad que realiza la liturgia, como actualización de su Historia de Salvación para con los seres humanos, es un Dios

que no pide que le busquemos a ciegas. Es el que «creó por su Palabra» todo (Gn 1) y en todo dejó su deseo de comunicación. Y este Dios es el mismo que creó al ser humano, hombre y mujer, a su imagen y semejanza (Gn 1), capaces de «leer» el mensaje de Dios en la creación (Rm 1, 18ss), capaces de entrar en relación de amor y amistad con este Dios que «plantó la tierra» como quien se hace un jardín en casa para gozar de la compañía de sus familiares y amigos (Gn 2).

Sabemos que el pecado perturbó radicalmente este plan de Dios, pero Dios es fiel y Señor. Su proyecto sigue adelante mediante sus intervenciones extraordinarias en la historia, haciendo que el Espíritu Santo suscite, generación tras generación, amigos de Dios y profetas (Sb 7, 27), hasta que, en la culminación de los tiempos, el Verbo, por obra y gracia de este mismo Espíritu y por el sí humilde de la Virgen, se hizo hombre (Lc 1 y Hb 1), eclipsando su condición divina sin perderla (Flp 2). Así, en Cristo, el ser humano vuelve a la amistad y filiación divina y puede servir a Dios según su voluntad, rindiéndole el culto de la vida que Él desea y merece. Así, en la Iglesia, la humanidad entera, más aún, la creación entera se hace gloria para Dios, puesto todo bajo Dios, en armónico concierto que manifiesta sensiblemente la grandeza de Dios, su gloria.

La vida entera de Cristo se orienta a esta restauración cósmica, a esta recapitulación, pero lo cumple singularmente su Misterio Pascual (CCE n. 1115, que cita el *Sermón* 74 de san León Magno), constantemente actualizado en la liturgia, singularmente en el Santo Sacrificio del Altar. La *adoración*, como se enseña magistralmente en este libro, es la expresión más completa y significativa de la religión y de sus formas de culto. En la adoración el hombre se sitúa en su lugar ante Dios, recuperando la armonía con toda la creación, con los ángeles, la humanidad, la naturaleza y su propio ser. Desde este lugar resplandece su dignidad inalienable y se colma y expresa su necesidad de amar y ser amado. La adoración culmina el culto

y la caridad, se inserta en el misterio redentor de Cristo, que con su Cruz da la vida como expresión de obediencia amorosa y filial al Padre y como acto supremo de amor al prójimo, incluso a los propios enemigos. La adoración, tanto por su naturaleza como por sus formas externas, manifiesta la más plena y fructuosa participación en el Sacrificio redentor y en la anticipación de su culminación escatológica. Por eso nace necesariamente en la participación en las celebraciones litúrgicas, singularmente en el Sacrificio, en la santa Misa, pero precisa extenderse a otros momentos exclusivos de adoración, breve o prolongada, y tiende a caracterizar religiosa y litúrgicamente la vida entera.

En la adoración se encuentran las expresiones externas más elocuentes de la liturgia y de la religiosidad popular. Hoy no podemos descuidar estas solemnidades externas, siempre portadoras de energías inspiradoras para las más altas expresiones de las artes y del ingenio humano al servicio del bien común, pero no nos podemos contentar con esta *noble o regia sencillez*, llena de *solemnidad y recato*. Hemos de infundir en ella la vida mediante la verdad, la verdad de la fe, de la presencia de Dios y de la más tierna devoción y piedad, que se relaciona con Él y le ofrece el culto de la vida entera en santidad y justicia, fruto de una constante conversión a su voluntad y de un permanente combate, en cuerpo y alma, contra toda concupiscencia mala.

Basta ya de tener miedo a expresar con todo nuestro ser la fe, que decimos llevar en el corazón y que profesan nuestros labios. Basta ya de sentir esa adolescente vergüenza para acoger y corresponder al amor de Dios manifestado para nosotros en Cristo. Retomo la idea con que inicié esta reflexión: la dignidad y grandeza del hombre nunca se expresa mejor que cuando este se arrodilla ante Dios y abraza al hermano. No temamos ni sintamos ya más recelo ante el maremoto de adoración eucarística que en estos años el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia. Hagamos que esto, lejos

de mermar la centralidad de la celebración de la santa Misa, ayude a vivirla con más verdad, con auténtico sentido sagrado, participando en ella más plenamente. No tengamos recelo, temiendo que el culto y la adoración puedan mermar la dedicación a los pobres o el celo por la evangelización. Esmerémonos, más bien, para que esta adoración, este culto, sean verdaderos y se conviertan en el alma de toda caridad y todo apostolado.

No me da miedo ni pudor afirmar que la adoración, en la cima del culto cristiano, se une estrechamente a la plenitud de la caridad y se convierte en prenda de vida eterna y afirmación esencial y discernidora de lo que es eterno.

Agradezco de corazón al profesor Alfonso Berlanga, coordinador de esta obra, su invitación a presentarla. Creo sinceramente en la oportunidad y actualidad de su argumento y en la competencia y tino de cuantos en ella han ofrecido sus aportaciones científicas de las que estas líneas mías son solo una pobre presentación, que brota de mis ya más de 25 años de docencia litúrgica y de ministerio sacerdotal, desde mi diócesis de Toledo hasta Roma, y que adopta más la forma de una reflexión o ensayo que la del rigor metodológico de un estudio teológico.

Quiero por eso terminar invitando a todos a la adoración en toda celebración litúrgica, particularmente en cada Misa, pero también ante el Sagrario, el Copón o la Custodia, en esos sabrosos momentos señeros de nuestra vida de unión con el Señor, que dan sentido e impulsan toda nuestra existencia cristiana.

«Adoremus in aeternum Sanctissimum Sacramentum!»

Roma, 8 de diciembre de 2014